

Extrañamos tanto a Norma

A 25 años de la trágica muerte de Norma Padilla.

Por: Gustavo Berganza

La noche del 28 de febrero de 1984, hace 25 años, Norma Padilla, directora general de cultura y bellas artes, se aprestaba a cruzar la calle para abordar su automóvil en un sector de la zona 14, frente a la residencia del consejero de información y cultura de la Embajada de Estados Unidos.

No pudo hacerlo, porque de la nada surgió un vehículo a toda velocidad que la arrolló. De esa manera tan trágica se apagó prematuramente una vida que echó al cultivo del arte escénico y a la promoción de las bellas artes en general la razón de su existencia.

Como sigue sucediendo en este país de violencia e impunidad, el sistema de seguridad y justicia nunca pudo ni quiso dilucidar la identidad del conductor del vehículo, a pesar de contar con la descripción exacta del automóvil. De la misma manera que ha sucedido con decenas de miles de guatemaltecos, el homicidio de Norma nunca fue esclarecido.

Norma siempre tuvo mi admiración, desde la vez primera que la vi, en el desaparecido Teatro Centro, como la atribulada Lis, en la obra de Fernando Arrabal "Fando y Lis". Norma fue del grupo pionero integrado, inicialmente, por Roberto Peña, Alfredo Porras Smith, Sonia Martínez, Carlos Figueroa y Luiz Tuchán que cultivó con intensidad el teatro del pánico y el teatro del absurdo. Norma formó parte de esa generación de oro, junto con Carlos Menkos Deká, Roberto Oliva Alonzo, Ricardo Mendizábal, Julio Díaz, Víctor Hugo Cruz, Haroldo Vallejo, Hugo Carrillo, Rubén Morales Monroy, Salomón Gómez, Manuel Corleto, Luis Domingo Valladares, Consuelo Miranda, Anabelle Phefunchal, Carmen Solís Gallardo, María Teresa Martínez y otros nombres que se me escapan, que marcó una de las cimas más altas que jamás haya alcanzado el arte escénico en Guatemala. Fue una década en la que los escenarios del Conservatorio, la UP, el Gadem, el Teatro de Arte Universitario, el Teatro Municipal y el Teatro Carpa Municipal competían en presentar lo mejor de la dramaturgia clásica y contemporánea. Era una etapa también en la que los dramaturgos se mostraban más prolíficos, ante las grandes posibilidades que había para montar sus obras.

Pero Norma, aparte de ser actriz, era también una visionaria que logró expandir, gracias a los festivales de teatro de los barrios y a los festivales departamentales, el interés por el arte escénico. Ella no tenía, a pesar de su gusto por autores tan complejos como Beckett o Ionesco, una concepción elitista del arte. Creía, y demostró no estar equivocada, que la expresión dramática podía florecer en cualquier ambiente social y manifestarse con gran calidad.

Norma fue mi compañera en la vieja Dirección de Cultura y Bellas Artes, condiscípula en la Facultad de Humanidades en la Usac y luego fue mi catedrática de Teoría del Teatro. Quiero hoy rendirle este pequeño homenaje y expresarle mi reconocimiento por su exitosa trayectoria como actriz y promotora del arte escénico. Sinceramente Norma, el tiempo transcurrido desde tu trágica partida no ha hecho sino agigantar tu recuerdo en la memoria de quienes te quisimos y admiramos, y el país, creo, agradece tu tesón al difundir el cultivo del teatro.